

PALOMA GARCIA PICAZO

**RECEPCION Y EVOLUCION  
POSTERIOR DEL CONCEPTO  
DE «CASA COMUN EUROPEA»  
EN LOS ESTADISTAS EUROPEOS  
COMUNITARIOS**

A lo largo de la historia surgen a veces situaciones particulares en las que un concepto —más o menos feliz en su génesis— refleja de hecho una realidad que se convierte en el fenómeno más representativo de ese período. Algo así es lo que sucedió, mediada la década de los ochenta, con la idea de «Casa Común Europea» lanzada por Gorbachov, en unos momentos en que el mundo entero asistía con estupor a la irrupción de una situación totalmente nueva en el Este y Centro de Europa... y que aún reservaba muchas sorpresas.

Las realidades varían según el punto de mira y las peculiaridades del observador, partiendo del matiz relativista que viene a enriquecer cualquier aproximación que se realice a las dimensiones tanto políticas, sociológicas, económicas o, simplemente, humanas del devenir histórico. Los conceptos nacen, crecen, se desarrollan y mueren, como consecuencia de su naturaleza contingente y vinculada a los avatares que afectan a sus creadores o defensores.

De lo que no cabe ninguna duda es que la idea de «Casa Común Europea» ha movilizad muchos recursos y mucho capital humano (por señalar el que, en definitiva, es el más importante). Ahora que la faz de Europa se ha transformado de una forma tan radical —y en muchos

casos, tan dramática— ha llegado quizá el momento de hacer una pequeña recapitulación de las andanzas de esta idea, nacida en el corazón de una Rusia aún soviética (que buscaba nuevos cauces de existencia en un mundo en permanente transformación) y que fue acogida con extraordinaria resonancia por una parte significativa de los dirigentes mundiales de la actualidad. Y hablar de los estadistas europeos equivale a narrar lo que en la actualidad conmueve —porque mueve— al mundo<sup>1</sup>. Habría que añadir que para bien y para mal.

Moverse en el plano de las ideas resulta siempre mucho más cómodo que hacerlo en el nivel de la realidad. Esta presenta siempre unos condicionamientos, restricciones y limitaciones que obligan a recortar las alas de cualquier especulación. Por esta razón, recurrir al pragmatismo de un político como Jacques Delors, cuya solvencia está fuera de toda duda, resulta auténticamente revelador. ¿Qué particularidades ofrece su pensamiento en comparación con el voluntarismo un tanto inflamado del ex-líder soviético?

En primer lugar señalar que el Sr. Delors concibe el edificio europeo desde sus perspectivas tangibles; en este sentido subraya el papel de «piedra angular» que supone la aportación de la CE en la construcción europea, siendo la realización más perfecta conseguida hasta el momento<sup>2</sup>. Su esquema básico, el famoso de la «Europa de los círculos concéntricos», ha demostrado ser una idea de por lo menos tanta potencia

<sup>1</sup> Este trabajo constituye una elaboración personal posterior que no habría sido posible sin las aportaciones de los participantes en los Cursos de Doctorado que bajo el título «La evolución del concepto de Europa», dirigidos por el catedrático D. C. Corral Salvador, han tenido lugar en los años académicos 1990-1991 y 1991-1992 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología (UCM), Sección Políticas, Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales (Estudios Internacionales), cátedra de Derecho Público Eclesiástico y Relaciones Iglesia-Estado, y que han culminado en el presente año con la celebración de dos Mesas Redondas y un Debate en el Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología de Madrid, los tres actos con el título de «La Casa Común Europea: la concepción de los estadistas actuales europeos» y que tuvieron lugar los días 21 y 23 de enero, 3 de marzo, respectivamente; de dos Mesas Redondas con el mismo título en el Colegio Mayor Isabel de España los días 25 de febrero y 2 de marzo de 1992; además de un Seminario titulado «Europa, ¿una “Casa Común”? Perspectivas de la génesis, recepción y evolución del concepto en los estadistas europeos actuales», celebrado en el CEU - San Pablo, los días 30 de abril y 7 de mayo de 1992. Todos estos actos han sido coordinados por D. C. Corral Salvador, actuando de moderadoras doña C. López Ortiz y la autora de estas líneas. De todos ellos ha existido un reflejo editorial, bien en la *Hoja Informativa* del Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados (núms. de marzo y abril de 1992), bien en la edición (en curso, *ad usum privatum*) de las ponencias leídas, que realiza amablemente el Colegio Mayor Isabel de España.

<sup>2</sup> Literalmente, *pierre d'angle*. Véase E. MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, «Jacques Delors o la realidad de una Europa a doce», ponencia presentada en *ib.*, Madrid 1992.

como la de «Casa Común», aunque restringida a su comprensión por parte de los expertos comunitarios, dado que sus componentes son mucho más técnicos y más abstractos: no hay que olvidar el matiz emocional que subyace a toda alusión de la «casa», primer refugio humano en sentido inmediato.

Jacques Delors propone la CE como un modelo a seguir, un objetivo que ilumine la tortuosa trayectoria que aún han de recorrer los Estados europeos que acaban de salir de la oscuridad de un aislamiento que ha durado más de cuarenta años. La Comunidad Europea presenta la ventaja adicional de no ser un espejismo, sino una realidad palpable que cuenta en su haber con una larga experiencia en la superación de graves dificultades y cuya pericia —si bien con las necesarias adaptaciones— puede resultar perfectamente aprovechable por otras naciones o áreas regionales que decidan seguir sus pasos.

Aquí es donde aparecen dos nociones esenciales que ya forman parte de la jerga comunitaria, como son el *approfondissement* (profundización) y el *élargissement* (o ampliación)<sup>3</sup>, y que marcan, metafóricamente, los movimientos de sístole y diástole del corazón comunitario. El debate se centra en lograr, por un lado, un desarrollo pleno de las líneas directrices de la Comunidad, que doten de cohesión, flexibilidad y resistencia al armazón de ésta y, por otro, lograr transmitir el entusiasmo necesario para que todas las naciones de Europa —comunidad idealmente fraternal de pueblos unidos por una tradición histórica y cultural común— se unan en un proyecto compartido que trascienda las meras individualidades y los particularismos locales. No se trata tanto de pensar, hablar y actuar —que, con todo, es relativamente fácil— como de acertar.

Por el momento, Jacques Delors detenta la responsabilidad de pensar, hablar y actuar en nombre de Doce, número casi mágico, que es mucho más que una suma. Debe, además, acertar. Realmente, se trata de una labor muy ardua, que puede sintetizarse en el momento presente en tres puntos fundamentales: el Espacio Económico Europeo unido a los «acuerdos europeos», las nuevas formas de adhesión y la realidad de las regiones en el continente.

Del primero cabe decir que constituye un hito definitivo, ya que marca la extensión de la proyección comunitaria a los países del AELC, aspecto que prolonga los beneficios indudables del marco económico comunitario a un número considerable de países que presentan la peculiaridad de ofrecer un aspecto coherente y homogéneo del que no cabe

---

<sup>3</sup> Delors, cit. por MARTÍNEZ GUTIÉRREZ, *ib.*, p. 5.

esperar demasiadas «sorpresas» ni excesivos sobresaltos en la siempre difícil trayectoria económica. No sucede lo mismo con la vertiente de los «acuerdos europeos», convenios signados con países del Centro de Europa como son Polonia, Hungría y Checoslovaquia (esta última aún bajo esa denominación en el momento de la firma), que ofrecen un enorme cúmulo de dificultades de toda índole y que, como se ha podido ver en la evolución posterior, demandan un coeficiente de buena voluntad, paciencia y talante constructivo que supera, con mucho, las expectativas iniciales<sup>4</sup>.

Respecto de las nuevas formas de adhesión subrayar el proyecto de Frans Andriessen relativo a estos mismos Estados que contempla la modalidad nueva de «condición de miembro afiliado» (*affiliate membership*), realidad que supone, en la práctica, el sometimiento a una especie de prueba de admisión en la que se demuestran determinadas cualificaciones mediante la adquisición de ciertos derechos, pero también de unas obligaciones concretas. Se define así la «geometría variable» de la adhesión, fórmula flexible que sirve para proporcionar un cauce que no implique excesivos riesgos para el resto de los Estados comunitarios ya firmemente consolidados en su condición de tales.

Por fin, el «cemento» que parece dar consistencia a la trabazón del edificio de Jacques Delors lo forma la realidad clave de la región, que él mismo denomina *pulmón de la Europa de los ciudadanos*<sup>5</sup>, analogía orgánica que viene muy bien para ilustrar el hecho de que Europa «respira» unos aires que son, a la vez, nuevos —porque se proponen trascender la realidad del Estado nacional— y antiguos —porque recuperan el ámbito familiar y cotidiano del entorno inmediato de los habitantes de este viejo continente—. Se trata de lograr una integración sin desgarramientos ni rupturas, permitiendo la expresión confiada de los anhelos legítimos y las aspiraciones pacíficas de unos ciudadanos conscientes de la dimensión humana y cultural de su existencia. En este sentido, lo más importante es conseguir una «traducción institucional» de estas inquietudes que, por el momento, se manifiesta en el nuevo tratado de la Unión de una institución regional, la Asamblea de las Regiones.

Delors se propone continuar en su línea de actuación: para ello cuenta con el refrendo de la última cumbre de Lisboa que le ha confirmado para un nuevo período en su puesto. La «visión de futuro», clarificada por el pragmatismo, permite «utilizar todas las oportunidades para añadir una piedra al edificio», en sus propias palabras<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Ib., p. 6s.

<sup>5</sup> Literalmente, *poumon de l'Europe des citoyens*, la cita en ib., p. 8, n. 3.

<sup>6</sup> Ib., p. 9.

La vocación europeísta de los pueblos europeos se refleja necesariamente en la figura de sus dirigentes. De entre ellos destaca con luces propias el presidente francés, François Mitterrand, elemento clave en la construcción europea reciente. Su continuidad en el poder no es un factor nada desdeñable para considerar la Europa que se perfila en el horizonte inmediato. A sus grandes dotes de estadista, con un agudo sentido de la oportunidad —aunque también con un suficiente distanciamiento de los intereses particularistas de su propio partido o incluso de su propia nación para lograr trascender el estrecho marco político interno— se añade un talante conciliador que es extraordinariamente útil para navegar por las aguas turbulentas de la política internacional.

Mitterrand es un político de amplias miras y grandes proyectos que logra que la pasión francesa por la *grandeur*, que podría caer fácilmente en lo anecdótico, se resuelva de forma favorable para todos y sea, en verdad, «grande». Su particular «Casa» no entra en definiciones de su condición «común»: es, en primer lugar, *foyer*, y en segundo término, *européen*, es decir, un hogar que acoge idealmente a los europeos<sup>7</sup>. Los términos de la propiedad legal se dejan con astucia o con diplomacia francesas a especulaciones posteriores. El hogar es un lugar de abrigo y cobijo, un recinto cálido que sirve a la perfección para dar albergue al «corazón de Europa»<sup>8</sup>, es decir, Francia. La metáfora no podía ser más acertada: a la tradición romántica y novelesca que adorna las glorias de la cultura francesa (desde la poesía trovadoresca del *Midi* pasando por los ciclos bretones del Noroeste, hasta las sutilezas de Proust o Mauriac) se une la realidad palpable de ser un auténtico centro continental de transportes, comunicaciones y transacciones de toda índole, corazón dinámico que impulsa la vida social, económica, cultural, política y artística, y espejo en el que sigue mirando una buena parte del sector más cultivado de la sociedad, no ya sólo europea, sino mundial.

El interés de Europa constituye el interés de Francia... y lo propio sucede a la inversa. En este sentido, Mitterrand apuesta fuerte por la Comunidad, jugando sus bazas con habilidad. La política exterior y la seguridad comunes forman una de las más notables de que dispone el presidente francés, que las maneja con habilidad sorprendente y casi siempre de mutuo acuerdo con el canciller alemán, Helmut Kohl<sup>9</sup>.

Mitterrand es optimista por convicción (y parece que también por

<sup>7</sup> El término *foyer européen* está tomado del trabajo de E. CAMBÓN CRESPO, François Mitterrand, Francia. Por un corazón para Europa», ponencia presentada en *ib.*, p. 1.

<sup>8</sup> La frase textual es «Hacer de Francia el corazón de Europa». Apareció en el documento *Lettre de Matignon* (25-IX-1991). Véase *ib.*, p. 1, n. 3.

<sup>9</sup> *Ib.*, p. 2.

interés) y esta disposición actúa de fermento en la vida de la Comunidad, que, de esta forma, resulta mucho más capaz de dar respuesta a los acontecimientos que se suceden: la creatividad —en política como en los demás ámbitos de la vida— se perdona sólo si va seguida de éxitos tangibles. El desplazamiento reciente del presidente galo a la sitiada ciudad de Sarajevo es, aparte de un gran gesto —cuyo enjuiciamiento más objetivo se hace a partir de consideraciones históricas, de las que la principal es la responsabilidad francesa en el nacimiento de la realidad política yugoslava tras la I Guerra Mundial—, una señal clara para todos los europeos, que, por una vez, pueden seguir el lema de Jacques Coeur, el famoso banquero medieval de Carlos VII que habitó en la ciudad de Bourges: «*Aux coeurs vaillants, rien impossible.*» (Nada resulta imposible para los corazones valientes)<sup>10</sup>.

Si existe un país europeo en el que a la «casa» se le reserve un lugar primordial en los afectos y en las ocupaciones cotidianas, esa nación es Inglaterra. Un clima acusado de inclemente y una disposición pragmática, tranquila y reservada por parte de los ciudadanos han logrado que los hogares británicos sean —quizá con los holandeses— los más cuidados, confortables y estéticos de la Comunidad Europea. El bienestar es, simplemente, «estar bien», y a ello se dedican los ingleses con fruición: como talante —e incluso como virtud— parece que es un valor francamente apreciable para el resto de los pueblos europeos.

Una Europa sin gritos, sin retórica, sin gestos dramáticos, sin residuos autoritarios o burocráticos sería una Europa tan deseable como una Europa flexible, dinámica, abierta y realista. El Reino Unido acogió en su suelo en los prolegómenos de la II Guerra Mundial a varios ejemplos de la mejor tradición intelectual centroeuropea (Wittgenstein, Popper, Gombrich, von Hayek, Elias...), permitiéndoles desarrollarse en plenitud, con tolerancia y sin sentimentalismos<sup>11</sup>. Las Islas Británicas fueron el baluarte que defendió la libertad en Europa: tienen derecho a estar orgullosos de ello y quizá están en la obligación de recordarlo de continuo.

De hecho, la Sra. Thatcher, discípula aventajada de von Hayek, lo ha hecho con reiteración, levantando algunas ampollas en pieles dema-

<sup>10</sup> Una referencia general a este fascinante personaje puede hallarse en *Encyclopaedia Britannica (Micropaedia)*, University of Chicago Press, 151986, vol. 3, p. 430-431.

<sup>11</sup> La bibliografía sobre el exilio de los intelectuales de habla alemana durante el nazismo no es frecuente en España. Se encuentran referencias generales en las biografías y autobiografías de los personajes afectados por él, que forman parte de la élite intelectual más brillante de este siglo. Como interesante testimonio documental de primera mano, véase H. KOELBL, *Jüdische Portraits*, Frankfurt/Main, Fischer Verlag 1989.

siado sensibles a todo lo que no sea el halago incondicional. Del debate suele surgir la luz: rehuir las objeciones sería un auténtico signo de debilidad por parte de la CE. Inglaterra es un miembro incómodo de la Comunidad y, por ello, doblemente valioso. Su proceso de autorreflexión constante sobre su papel en el mundo —partiendo de la constatación de la pérdida del *Empire*— puede contribuir a definir cuál es el lugar de Europa en éste.

La figura de John Major no es la de un débil delfín de su férrea predecesora, sino que ofrece algunos rasgos personales que demuestran una sólida formación política, que ha conseguido recubrir con un guante de suave gamuza la mano un tanto metálica que guió los destinos británicos en los años anteriores. El jefe de gobierno de Su Majestad es, ante todo, cauteloso: su principal deseo parece ser el de acertar. Un máximo de ventajas y un mínimo de dificultades: el egoísmo es sano siempre que no sea ciego.

*Opting in, opting out*<sup>12</sup>, tal parece ser la divisa británica respecto a Europa, dependiendo del curso de los acontecimientos. Si desde Francia se juega con la alegoría del corazón, desde Gran Bretaña el tópico parece ser el de la cabeza, fría y en su sitio, ... o también el de los pies, que, tanteando, prueban la temperatura de las aguas del Canal de la Mancha para decidir si se aventuran a dar el gran paso. En cualquier caso, lo que interesa observar ahora es si la Presidencia de la CE constituirá para el Reino Unido un banco de pruebas en el que podrá aplicar su talento racionalizador y liberal para ajustar la máquina comunitaria a los criterios moderados que dice defender y, de esta forma, implicarse de manera más decidida en los destinos europeos. Las conexiones comerciales y culturales inglesas con la «Europa no europea», es decir, sus viejas colonias de habla anglosajona, es asimismo muy enriquecedora para todos si se mira desde una perspectiva global, fuera de las consideraciones particularistas y estrechas de miras que suelen teñir de suspicacia las aproximaciones a otras realidades mundiales.

La proyección atlántica de Europa —no ya sólo en sentido militar, sino como aspecto profundo que alude a las raíces del pensamiento occidental— produce verdaderos quebraderos de cabeza en los estadistas europeos, que se enfrentan en este punto a las consecuencias más definitivas de la historia de su propio continente: el descubrimiento del Nuevo Mundo —tema polémico donde los haya— se conjuga con la necesaria reconsideración del papel de Norteamérica en la reconstrucción

---

<sup>12</sup> Un análisis de la figura de John Major por A. I. LÓPEZ GÜIZA, «John Major, Reino Unido. El corazón en Europa, pero la cabeza en el Reino Unido», ponencia presentada en ib.

europea de las dos postguerras y a su proyección como potencia hegemónica mundial. España asume, además, la problematicidad añadida de la sensibilización ante la realidad latinoamericana, tan próxima por la comunidad de la lengua y tan distante por la divergencia histórica, pero siempre dolorosa y gozosa, como corresponde a la dimensión mística que comportan todas las interpenetraciones culturales.

España es, con Portugal, una «balsa de piedra» (según el título de la novela de J. Saramago)<sup>13</sup> que se adentra en la «Mar Océana» sin romper sus lazos europeos. Los últimos años han sido un período de crisis (en el sentido original del término, es decir, de «ruptura» con planteamientos anteriores) en la reflexión peninsular: el ingreso de ambos Estados en la Comunidad supone un esfuerzo ingente de ajuste, modernización, acomodación a nuevas estructuras y dinámicas, pero que va acompañado de una reformulación de la política concerniente a los «hermanos» latinoamericanos cuya condición «fraternal» resulta cada vez más problemática.

Felipe González debe librar desde España la dura batalla de sortear las dificultades implícitas en el proceso de integración en la Comunidad: le ayuda una opinión pública que, pese a manifestarse como desinformada y desorientada, sigue, no obstante, siendo una entusiasta defensora de la realidad o la utopía europeísta<sup>14</sup>. Quijotes y Sanchos parecen andar revueltos por los páramos y los valles de la vieja España que lucha por incorporarse a la modernidad haciendo caso omiso de molinos y gigantes, como si las «bodas de Camacho» fuesen a durar eternamente. La Península Ibérica no es la «ínsula Barataria»: los sueños tienen un precio que se pagan en Ecu's y en Fondos de compensación, pero también con ajustes duros, control de la inflación, austeridad, productividad... aspectos que son algo mucho más indigerible que los titulares de prensa.

España, más que nunca, es una «puerta» de Europa: abierta a África y a América y también cerrada a sus pobladores, incómodos visitantes que reflejan una de las realidades más terribles del siglo xx, la pobreza sin paliativos. Las fronteras son, desde la CE, no meros trazos de una pluma sobre un mapa, sino abruptas rupturas que definen lo que es

---

<sup>13</sup> J. SARAMAGO, *La balsa de piedra*, Seix Barral, Barcelona 1987. Novela de ficción que supone una reflexión sobre la convivencia de los pueblos de la Península Ibérica y su hipotético desgajamiento «físico» del continente europeo.

<sup>14</sup> Véase la *Opinión sobre la integración europea*, en *El País*, 12-VII-1992, p. 17, que refleja una encuesta realizada por Desmoscopia que es muy reveladora. Para una exposición detallada y sistemática de la política de F. González, véase J. M. PORTILLO, «El concepto de Casa Común Europea de Felipe González», trabajo de Doctorado, inédito, presentado durante el curso 1990-1991, en el Seminario del Profesor C. Corral Salvador, ya mencionado *supra*, n. 1.



vivir dentro y lo que es intentar sobrevivir fuera. El país que en la Edad Media fuera frontera permanente, suelo en el que se debatían las verdades últimas de las tres grandes religiones monoteístas, pero también solar único en el que las tres convivieron en largos períodos de mutua tolerancia, ha pasado a ser la cancela meridional del continente, que guarda celosamente sus dorados frutos.

La «Casa Europea» se cierra en el Sur y la clave puede leerse con el lenguaje heráldico del viejo escudo español: la granada, arcaico símbolo mediterráneo de la resurrección, fruta mística que guarda todavía muchos secretos sin revelar, pero que aguarda pacientemente ojos sabios y manos expertas que extraigan toda su silenciosa sabiduría.

Los destinos europeos se entrelazan a lo largo de la historia como una tela tejida con múltiples hilos: si al Sur, España marca los límites del continente europeo con las míticas columnas de Hércules, la clave del Centro limita de forma imprecisa con el genérico «Este» y este emplazamiento tan ambiguo corresponde al término *Mittleuropa*<sup>15</sup>.

Alemania, mediadora desde su posición central, recibió con particular interés la propuesta gorbachoviana de la «Casa Común Europea» adjudicándole nuevas dimensiones que convenían, en 1989, a su realidad dividida. Desde el país germano se hablaba de «Casa Común alemana bajo el tejado europeo»<sup>16</sup> en tiempos muy recientes, pero que, por la aceleración de la historia —y hay que decir que, en este caso, se emplea el tópico con representatividad absoluta—, ya parecen incluso muy lejanos.

Lograda su unificación y a la vista del ritmo galopante del desmoronamiento del edificio comunista, Alemania propuso, a través de su canciller, Helmut Kohl, y de su ministro de Asuntos Exteriores, Hans Dietrich Genscher, la fórmula de «nueva arquitectura para el conjunto de Europa» (*neue gesamteuropäische Architektur*)<sup>17</sup>, que reduce los componentes emocionales y voluntaristas de la idea de «Casa Común» sin limitar en nada su potencial creador ni dinámico. La arquitectura permite proyectar, diseñar, definir, formular, los sueños sobre la base de las realidades. Posibilita la evaluación objetiva de lo ya construido, analizando sus disfunciones y perfilando las necesidades nuevas, remodelan-

<sup>15</sup> El concepto de *Mittleuropa* se recoge en documentos originales en la obra de R. OPITZ, *Europa Strategien des deutschen Kapitals 1900-1945*, Köln, Pahl Rugenstein Verlag 1977.

<sup>16</sup> Para una mayor amplitud véase P. GARCÍA PICAZO, «Alemania ante una realidad cambiante: la nueva Europa», ponencia presentada en ib.

<sup>17</sup> Ib. ,literalmente *neue gesamteuropäische Architektur*. El término pertenece a Hans Dietrich Genscher y apareció en un artículo titulado *Gesamteuropäische Einheit in grösserer Vielfalt*: Nordsee Zeitung, 28-XII-1991.

do todo el edificio si es preciso o ampliándolo en la medida en que sea conveniente.

La metáfora adjudicada a la eficiente y «milagrosa» Alemania por el resto de sus compañeros comunitarios es la de «motor europeo», en clara alusión a su infatigable apoyo de las instituciones, acudiendo en su socorro en los momentos de crisis que, como parece ser inevitable, siempre muestran su lado más frágil por la vertiente económica. La verdad del refrán castellano, «los duelos, con pan son menos», es palmaria en este caso como en tantos otros.

La construcción de Europa fue precedida primero de la reconstrucción europea de postguerra: la destrucción, hecho ante el que Alemania muestra una sensibilidad especial, sirvió para que muchos realizaran un acto de contricción previo al abordaje de las tareas del futuro. La memoria histórica, hecho capital que envenena la realidad europea más inmediata, se ha sintetizado en la CE de forma positiva, es decir, mediante la superación de lo que en Alemania se denomina con temor la «enemistad heredada» (*Erbfeindschaft*)<sup>18</sup>. A partir de ahí se pueden sentar cimientos sólidos y firmes que permiten que el edificio se eleve hacia el cielo.

En este sentido, la catedral de Estrasburgo, *domus mistica*, casa de Dios y casa del hombre, sella siglos enteros de rencillas y disputas con el resplandor de sus piedras labradas amorosamente por unos artífices que nada sabían de nacionalidades: su patria era el arte destinado a ensalzar al Creador a través del cántico de todas sus criaturas<sup>19</sup>.

Luces y sombras de Europa, cruce de caminos en el que todos eran peregrinos a la búsqueda de la verdad. Casa, hogar, corazón, cabeza, pies, puerta, motor... todo eso y mucho más está en una de las más bellas catedrales europeas, muestra viva de un arte, el gótico, que en sus momentos postreros se llamó precisamente «internacional». Europa nace y renace cada vez en Estrasburgo, manantial puro del que todos los europeos deberían beber... al menos una vez cada cuatro años, cada vez que se celebran elecciones.

<sup>18</sup> Al respecto, Genscher ante el *World Economic Forum*, en Davos (1-II-1988): «Cuidar la herencia europea también significa mostrar una nueva apertura, en lugar de perpetuar percepciones hostiles perennes.» Véase P. GARCÍA PICAZO, *Arquitecturas para Europa: el proyecto alemán. La visión de Helmut Kohl y Hans Dietrich Genscher*, artículo editado *ad usum privatum* y distribuido por el Departamento de Prensa e Información de la Embajada de la República Federal de Alemania en Madrid, marzo-abril 1991.

<sup>19</sup> Un clásico obligado al respecto es É. MALE, *L'art religieux du XIII<sup>e</sup> siècle en France*, París, Armand Colin 1948, p. 210, 370, 98, 126-128, 304, 722, 211, 358, 615, 614-615, 722, 723.